

Viajeros en los Picos de Europa (II)

WILLI RICKMER RICKMERS

Elisa Villa y Jesús Longo

evilla@geol.uniovi.es / jlongo@infonegocio.com

(Artículo publicado en la *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, nº 528, pags. 100-104, 2009)

En un artículo reciente (*Peñalara*, nº 527), intentamos rescatar del olvido la figura de Constance Barnicoat, periodista, viajera y alpinista que visitó los Picos de Europa en 1908. Siguiendo con otros viajeros olvidados, hoy queremos recordar la presencia de Willi Rickmer Rickmers, explorador, geógrafo, etnógrafo, esquiador pionero y alpinista de enorme prestigio en su época que, en 1925, en compañía de su esposa, llevó a cabo una estancia de varias semanas en el norte de España. En 1926, apareció en Alemania el volumen *Die Wallfahrt zum Wahren Jakob* (“Peregrinaje al verdadero Santiago”), una publicación en la que Rickmers relataba los pormenores de sus aventuras españolas y que pasó completamente desapercibida en nuestro país. Posteriormente, volvió a narrar sus experiencias en el *Alpine Journal* (1932), en un artículo que, en homenaje al libro de dos viajeros ingleses del siglo XIX, tituló *The Highlands of Cantabria*. Ambos relatos son las fuentes de las que nos hemos servido para reconstruir el viaje de Willi Rickmers por los Picos de Europa y otras montañas de la Cordillera Cantábrica.

El explorador Rickmers

Aunque Willi Rickmer Rickmers nació a orillas del mar del Norte (Bremerhaven, 1873), y en el seno de una importante familia de navieros, toda su vida estuvo dedicada a la exploración de paisajes muy alejados del océano. En 1893, cuando cursaba estudios de Ciencias Naturales en Viena, se hizo miembro de la Sección Académica del Club Alpino y, un año más tarde, alcanzó una cumbre de importancia, el Monte Ararat.

Como alpinista, su gran éxito fue la dirección de la expedición de 1903 al Cáucaso, llevada a cabo conjuntamente por los grupos alpinos alemán y austriaco. En el transcurso de la misma, una cordada liderada por Adolf Schulze (hermano de Gustav, nombre ligado a la historia de los Picos de Europa) conquistó por primera vez la difícil cumbre sur del Ushba (4698 m).

Pero, en gran medida, la fama de Rickmers se debe a sus exploraciones por diversas regiones de Asia Central, emprendidas en 1894 y prolongadas a lo largo de numerosos viajes (en el de 1906 contó con la compañía de Mabel, su intrépida esposa inglesa). Su objetivo principal eran los Pamires, un sueño que culminó en 1913, al liderar la expedición germano-austriaca al Pamir Occidental, en la que se realizaron importantes estudios glaciológicos y se conquistaron numerosas cumbres entre 3800 y 5100 m de altura. Más adelante, en 1928, dirigió la gran expedición ruso-alemana al Alai-Pamir, en la que, por vez primera, fue vencida la cumbre del Pico Lenin, de 7165 m.

Todos estos viajes, sobre los que Rickmers publicó libros y artículos que aún hoy día son muy citados, no sólo tuvieron objetivos alpinistas sino también científicos y etnográficos, razón por la que fue distinguido como doctor Honoris

Causa por la Universidad de Innsbruck (1930) y recibió la prestigiosa Medalla de Oro de la Royal Geographical Society (1935).

A partir de 1930 eligió como residencia un lugar muy cercano a las montañas, la ciudad de Munich (a cuyo Club Alpino donó los más de 5.000 volúmenes de su biblioteca) y en esa ciudad falleció en 1965, a la edad de 92 años. Un dato, que se cita en ocasiones como representativo de la fuerte personalidad de Rickmers, es que su voz fue una de las que se levantaron con determinación en contra la expulsión de los judíos de los clubes alpinos, producida en 1921.

Un paseo por el norte de España

En 1925, el matrimonio Rickmers, añorando nuevos horizontes tras varios años de enclaustramiento, decidió buscar un destino “exótico” que no estuviese demasiado lejano ni fuese costoso. Rickmers recordó entonces una obra leída cuarenta años antes, *The Highlands of Cantabria* (1885), relato del viaje realizado por los británicos Ross y Stonehewer-Cooper por el norte de España. La descripción de la franja cantábrica le había cautivado de tal modo que quedó registrada en su recuerdo como posible objetivo para el futuro. Y ese día, pensó, había llegado. Años después, Rickmers manifestaba que *“la realidad del viaje había sido tan próxima a los sueños como uno se pueda imaginar”*.

Los Rickmers embarcaron en el puerto de Bremen con destino a La Coruña y desde allí comenzaron a moverse hacia el este. Aunque en los desplazamientos largos utilizaron tren o autobús, también recorrieron grandes distancias a pie. Su viaje les llevó a Lugo, Barco de Valdeorras, Villafranca del Bierzo, Ponferrada, León, Puerto de Pajares, Campomanes, Peña Ubiña, Oviedo, Gijón, Covadonga y Cabrales. En los Picos de Europa pusieron punto final, emprendiendo regreso a Vigo para tomar el barco que los devolvió a su país.

“Durante seis semanas gastamos 35 libras esterlinas y nunca encontramos un turista extranjero, sólo un español rico aquí y allá, viajando hacia San Sebastián y contemplando alguna de las vistas del camino. De este modo descubrimos muchos paisajes, un folklore puro, y algunos tesoros en antigüedades. Uno nunca se siente como si todo fuese un decorado preparado para el visitante, tal como ocurre en Suiza y en otros lugares...”

No obstante, no puede dejar de mencionar algunos aspectos que le incomodan, como son la falta de higiene y de limpieza. Claro que estas observaciones conciernen a las ciudades ya que *“... en el campo las vastas extensiones hacen que tales cuestiones, que son en última instancia un problema de espacio, se resuelvan con facilidad. La ciudad es la expresión última del modo de vida artificial, la limpieza se hace difícil y debe ser asegurada con medios técnicos”*.

Rickmers cuenta en sus escritos multitud de anécdotas e impresiones, deteniéndose especialmente en detalles sobre las costumbres del país, las comidas españolas y las condiciones de las fondas; pero sus conocimientos de botánica, zoología y geología hacen que también abunde información muy precisa sobre el medio natural. En la comarca del Bierzo le impresionan particularmente Las Médulas, una zona de la que su libro aporta varias hermosas fotografías.

En Peña Ubiña

Desde León, la pareja continuó en tren hasta Busdongo. Una vez en este pueblo, recorrieron a pie los pocos kilómetros que les separaban del alto del Puerto de Pajares (*“el San Gotardo español”*, según Rickmers) al que llegaron con tiempo de asistir a un atardecer glorioso: *“La puesta de sol producía maravillas en los cordales montañosos que se sucedían hacia el mar como bastidores de un gran escenario. De las brumosas profundidades, en las que las laderas boscosas se hundían en la negrura de la noche, parecían surgir unos espectros sombríos, como si fueran los pináculos del alba de la Creación surgiendo del mundo subterráneo. Hacia el noroeste se levantaba Peña Ubiña, nuestro próximo objetivo”*.

Aunque Rickmers no deja claro en qué estación volvieron a tomar el tren, es por este medio como llegaron a Campomanes, donde deseaban pernoctar. Como no existiese fonda alguna, decidieron solicitar ayuda a la Guardia Civil, cuerpo para el que tienen elogiosas palabras y que, efectivamente, les buscó alojamiento en una casa particular.

Después de una excursión a una zona que Rickmers identifica como la Sierra del Aramo, pero que, de acuerdo con su descripción y fotografías, parece corresponder a la más cercana Peña El Chagu, continúan a pie por el valle del Huerna, alquilando un burro para transportar el equipaje. En Tuiza, después de una larga espera en la que Rickmers se aplica el principio oriental de que *“todo llega a quien sabe esperar”*, son alojados en casa de Don Antonio y, *“aunque la habitación es una sencilla celda de paredes de piedra, cuyo único lujo es la cama, todo está limpio y no hay pulgas ni chinches”*. La ventana es un simple agujero sin cristales, pero esto, dice Rickmers, les asegura el beneficio del aire fresco.

Al día siguiente, tras un camino que atraviesa laderas y pastizales, se colocan al pie de la prominencia rocosa de Peña Ubiña. Una fácil escalada les separa de la cumbre, en la que hay un gran mojón de piedra pero ninguna botella en la que dejar una tarjeta. Como las rocas bajo la cima debían mostrar fragmentos de vidrio, Rickmers, a menudo algo irónico, sugiere que es lógico que no haya ningún recipiente en la cumbre, ya que *“¿para qué otra cosa pudo haber sido creado el gran precipicio de la cara oeste más que para estrellar botellas contra él?”*.

Los Picos de Europa

Tras una visita a Oviedo y Gijón (en esta última ciudad contactan con varias personas, entre ellas Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, primer ascensionista del Naranjo de Bulnes), los Rickmers ponen rumbo al que probablemente es el principal objetivo de su viaje: los Picos de Europa. Y comienzan por Cangas de Onís y Covadonga, subiendo al Monte Priena y al Lago Enol para contemplar a cierta distancia la esbeltez de las Peñas Santas.

Su viaje continúa después hacia Cabrales, pasando en el camino por el desfiladero de las Las Estazadas, un sector que les causa un fuerte impresión. Durante varios días permanecen en Carreña, localidad que califican de *“lugar delicioso, famoso por un queso similar al Rochefort”*. Estando como están en una región calcárea, se interesan por las cavernas, ya que debe haberlas por doquier. Sin embargo, para su sorpresa, las únicas cuevas que cuentan para los locales son aquellas en las que maduran los quesos. Los Rickmers quieren

ver algo más escondido, de modo que su anfitrión, Don Francisco, les pone en contacto con un antiguo minero que aparece provisto de lámparas de acetileno. Entran al fin en una cueva no humanizada, pero el minero no se siente cómodo en aquel tipo de profundidades y todos dan la vuelta. Los Rickmers, en secreto, regresan solos y exploran todos los conductos, hasta que una cortina de estalactitas y estalagmitas les corta el paso.

La visita a la cueva era una buena idea para un día de lluvia, pero cuando vuelve el buen tiempo su mirada se dirige a las alturas del Macizo Central. Por indicación de Don Francisco, se encaminan hacia el refugio que este mismo ha construido en la majada de Camburero, un sólido edificio de dos plantas que Rickmers describe diciendo que en el suelo de la cocina y en el comedor se pueden extender colchones, y que en el piso superior hay habitaciones con camas dobles y hasta triples. A este respecto hace un comentario nuevamente irónico, sugiriendo que los españoles tendrían que aprender que el sentido de la vergüenza no siempre coincide en las distintas culturas. En general, el refugio es de su agrado y está bien provisto, ya que el guarda tiene un almacén del que suministra latas, sopas, macarrones, huevos, vino y sidra, y la leche la proporciona un rebaño de cabras. Rickmers opina que, considerando la altura y el transporte, los precios son muy moderados, incluso ridículos si se comparan con los de algunos refugios suizos.

Desde Camburero la pareja parte hacia el Pico Tesorero (que Rickmers, siguiendo a Saint-Saud, denomina Orriellos), una excursión que les lleva por la Vega de Urriello y el Hoyo de Los Boches y en la que ven numerosos rebecos. Como aviso a futuros visitantes, hace notar la falta de agua, pero esto es algo que, según dice, se puede resolver recogiendo con la cantimplora los hilillos de agua que se forman en los abundantes neveros que perduran todo el verano. Alcanzan la cumbre del Tesorero y desde ella hacen una magnífica fotografía del grupo del Llambrión, una imagen que proporciona un testimonio excelente del estado en el que se encontraban en 1925 los restos de los pequeños glaciares que existieron bajo aquellas paredes.

La excursión por los Picos de Europa constituyó el punto final de un viaje que Rickmers relató más tarde con *“el deseo de destacar el placer que proporciona la rústica hospitalidad de un país encantador para ser recorrido a pie”*. Temeroso, quizá, de ofender con sus ironías a sus amigos españoles, les ruega *“que estén seguros que bajo mis comentarios sobre algunas peculiaridades de su tierra, yace una profunda gratitud”*; en todo caso, cree que *“es preferible una región cantábrica en la que permanezcan esas pequeñas rarezas, en vez de una región cantábrica deformada por la industria del turismo”*.

Para la historia de la exploración de los Picos de Europa, es importante haber conocido la presencia de Willi Rickmer Rickmers, probablemente el alpinista con mayor importancia internacional que hasta esa fecha, 1925, había llegado a estas montañas.

Agradecimientos. Deseamos manifestar nuestra gratitud a D. José Luis Moreno por la generosidad y amabilidad con la que nos facilitó el acceso a su biblioteca.

Las fotografías de este artículo, excepto aquellas en las que se indica otra procedencia, han sido tomadas del libro *“Die Wallfahrt zum Wahren Jakob”*, publicado por W. R. Rickmers en 1926.

Anexo fotográfico



W. R. Rickmers.

001.- Retrato del explorador Willi Rickmer
Rickmers



002.- **Mabel**, la esposa de Rickmers, caminando
por una carretera del norte de España



003.- Vista tomada por los Rickmers desde la
cumbre de Peña Ubiña.



004.- Panorámica del grupo del Llambrión y La
Palanca desde el Tesorero



005.- El desaparecido Refugio de Camburero
(Foto Collada, publicada en 1930 en la revista
"La Esfera").



006.- Vista del Naranjo desde el Tesorero